

REVISTA DE MARINA

EDITORIAL

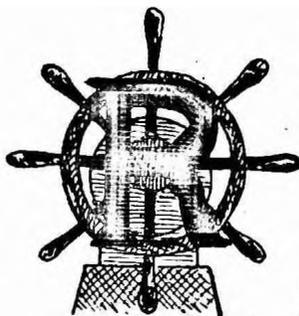
Santiago (Chile) Mayo y Junio 1979

Volumen 96

Número 3



LA GESTA DE PRAT Y SU SIGNIFICADO PARA LA MARINA DE CHILE



RECORDAR los principales hechos de la historia de un pueblo constituye sin duda una obligación que supera con largueza la sola repetición rutinaria de un gesto de patriotismo, más o menos indispensable en la afirmación del ser nacional.

En efecto, ya en otras ocasiones hemos sostenido al respecto, que los pueblos que desconocen su pasado o no lo consideran en su desarrollo presente, no tienen derecho a reclamar luego su presencia en la historia del futuro. En tal sentido, la conmemoración y celebración de las efemérides más relevantes, es un reconocimiento explícito de lo mucho que significa en la vida de las naciones, el conjunto de acontecimientos-pacíficos y guerreros por igual—que, a lo largo de su existencia, han ido configurando con paciente dedicación un sello particular que se ha hecho realidad en las sucesivas generaciones y que conocemos como el “modo de ser” que distingue e individualiza a un país de otro, en cualquier tiempo y lugar.

Ciertamente que tal práctica no debe ser relacionada con algún tipo de inmovilismo o de nostalgias de retorno a un ayer que si bien resulta irremplazable en la consolidación del presente y el sustento del mañana, no pretende ser considerado como un objeto final de desarrollo y preocupación, sino que nada más y nada menos que como el sustrato iluminador que nos orienta en la difícil marcha hacia la obtención de los ideales nacionales, hacia lo que aspiramos y deseamos concretar en el futuro como un imperativo ineludible del pasado.

La Guerra del Pacífico, el hecho de armas más importante que ha vivido Chile desde su independencia, nos ofrece la ocasión de comprobar muy claramente la verdad de las afirmaciones a la historia militar chilena todo un bagaje de motivos de inspiración y orientación. Sus diversas gestas navales y terrestres, libradas en inferioridad manifiesta de recursos y contra la actitud concentrada de dos países que unidos ciertamente resultaban más poderosos, han atesorado todo un cúmulo de experiencias que vinieron a sumarse a los gloriosos afanes de la lucha emancipadora, para estructurar una muy sólida y rica tradición guerrera que es motivo de legítimo orgullo y fuente de incesante estímulo para las nuevas generaciones.

Es pues, en ese contexto, donde se enclava el heroico episodio del Combate Naval de Iquique; el enfrentamiento más trascendente de toda la prolongada confrontación de 1879 y el punto de partida de una nueva concepción y un nuevo estilo en la consideración de las cuestiones relativas a la guerra.

Así, a partir de Iquique, cualquier combate empeñado significó la inminencia de una definición extrema; cada hombre que vistió un uniforme supo que al desenfundar su espada o apuntar su fusil, iniciaba un camino que desembocaba necesariamente en la posibilidad del más pleno y total renunciamiento.

Evidentemente, no queremos inducir equivocadamente la idea de que antes de 1879 los marinos y soldados chilenos no fueron capaces de protagonizar actos de generosidad extrema; los nombres ilustres de un Bernardo O'Higgins o un José Miguel Carrera, por citar sólo los más destacados, son suficiente prueba de valor, decisión y entrega desinteresada a la causa de la patria. Más bien queremos señalar que el sacrificio de Arturo Prat y sus hombres constituyó una suerte de advertencia muy clara y categórica, a la vez que dramática, dirigida al país entero y con carácter de definitiva y que trazó con nitidez meridiana la línea conductora que debía regir la disposición física y anímica de los chilenos y especialmente de los hombres de armas durante el conflicto. En otros términos, después de Prat no fue posible sino someterse a la dura alternativa de obtener el triunfo o enfrentarse a la muerte con coraje, audacia y decisión.

Sin embargo, un hecho tan significativo y heroico, no podía quedar circunscrito al ámbito de una guerra particular, ni podía agotar su proyección en el propio medio de la época. Ciertamente, por su excepcional naturaleza, estaba destinado a traspasar con facilidad las barreras limitantes del tiempo y la distancia, para servir de ejemplo y estímulo a los jóvenes que habrían de ocupar más tarde las cubiertas de los buques de la Armada; la institución ya más que sesquicentaria donde Prat echó raíces de afecto y compromiso, donde encontró en importante medida el camino de su formación personal y donde se alzó luego con caracteres de excepción el sitio de privilegio reservado a quienes por su testimonio de

vida, han trascendido el tiempo e inscrito su nombre más allá de la historia contemporánea.

Por ello es que nada podría haber resultado más natural y directo para todos quienes hemos abrazado y hecho nuestra la carrera naval, que la influencia decisiva en nuestro diario ejercicio profesional de las figuras inmortales de aquellos hombres de mar que enfrentaron la muerte en una mañana de otoño hace ya cien años, por el solo expediente de un irrestricto amor a su patria y una inmovible vocación de servicio.

Prat, Serrano, Riquelme, Zegers, Videla, Hyatt, Aldea; nombres que junto a los de muchos otros permanecen en nuestros días con la densidad de una presencia casi física; figuras que el tiempo no ha logrado desdibujar y que desde la tranquilidad de su reposo han adquirido para nosotros una singular forma de vida inmaterial pero auténtica y verdadera, que pasea sus figuras veneradas por cubiertas y entrepuentes, escuelas y cámaras, faros e islotes remotos donde se ha enseñoreado la soledad y hasta el olvido.

Esa vida, una nueva vida, que nace con la muerte y que trasponiendo el umbral perecible de la carne, se abre generosa y sin límite ante la inmensidad eterna de la gloria.

JOSE TORIBIO MERINO CASTRO

Almirante

Comandante en Jefe de la Armada
y Miembro de la Junta de Gobierno.

